



Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XV

San Salvador, C. A., Diciembre de 1960.

Número
155

ORIENTACION

Lo que piensa un ex-líder comunista

Nuestra Orientación del mes pasado (v. ECA, Nº 154, pág. 579) titulada RESPUESTA AL COMUNISMO, en la que exponíamos nuestra convicción de que la única respuesta radical al comunismo era la de un cristianismo vivido o reducido a la práctica cotidiana, coincide del todo en el nombre y argumento con el libro del conocido ex-líder comunista inglés Douglas Hyde convertido al catolicismo en 1948. (1)

Miembro activo de la organización comunista desde los 18 años, Hyde ingresó el año 1940 en la Redacción del diario comunista inglés "Daily Worker" llegando a ocupar el cargo de Redactor-Jefe hasta el año de su conversión. Su ágil pluma de estilo serenamente combativo y su profundo conocimiento de la doctrina y métodos comunistas se emplean ahora en servicio de la verdad claramente conocida y conscientemente aceptada. En su autobiografía "Yo creí" nos describe el itinerario de su vuelta a Dios y "Respuesta al comunismo", tras historiar someramente los orígenes modernos del comunismo nos expone su teoría y práctica, su estrategia y tácticas de que se sirve para desafiar al mundo. Para mostrarnos qué es el comunismo nos descubre sus verdaderos objetivos, el cómo trabaja se patentiza en sus procedimientos y métodos el porqué de su existencia y extensión nos introduce en la manera más eficaz de combatirlo.

El comunismo viene a ser una gigantesca utopía vividamente presentada, de contornos indefinidos, ocasionada sobre hechos desgraciadamente reales, y montada sobre una negación tajante e indispensable para su sostenimiento de cuanto es Dios y espíritu, o lo que es equivalente, sobre una afirmación total y exclusiva de que cuanto hay y opera en el mundo es pura materia sin ninguna trascendencia ultraterrena.

La utopía consiste en la luminosa pintura del paraíso comunista donde todos han de vivir felices sin ninguna autoridad externa. Cada cual no obedecerá a otro sino a sí mismo y guardará con los demás una unión de camaradería fraternal. Pero ¿cómo se logrará tan bello ideal? Aquí, a vuelta de repetir la

(1) Douglas Hyde, "Respuesta al Comunismo". Editorial Marfil, S. A. Alcoy, España.

misma promesa, comienzan las indecisiones. Lo único que se alcanza a vislumbrar es que el proceso ha de ser largo, que se ha de tender a él sin cesar, que habrá de costar mucha sangre y se ha de conseguir, a los principios, bajo una férrea e implacable dictadura a la que nadie podrá dejar de obedecer. ¡Mal camino para tan buen fin! ¡Pobres de los que se encuentren al principio o a la mitad de la jornada que no se prevé cuándo ha de terminar y podrá durar años, lustros y hasta siglos! ¿No están diciéndonos los rusos que después de cuarenta años solamente han llegado a la etapa del socialismo? Falta por llegar al comunismo ¡y la miseria y la sangre que han corrido entretanto!

Pero desgraciadamente esta utopía ha sido y sigue ocasionada por hechos reales. Tales son la pobreza, la miseria, la vida infrahumana de muchos y aun en algunos casos de la mayoría de nuestros semejantes, en flagrante oposición a la vida cómoda o fastuosa de otros siempre inferiores en número. Pero todavía se debe señalar otra oposición más grave. La de una situación así con el comportamiento de no pocos que se dicen cristianos, poseedores de la doctrina que nos enseña a ver en nuestros semejantes a hermanos nuestros, hijos de un mismo Padre, como partícipes de un mismo destino y destinatarios del mandamiento, resumen de todos los demás, de amar a Dios con todas nuestras fuerzas y al prójimo como a nosotros mismos y como Cristo nos amó.

Los hombres vienen al comunismo, unos engañados por las descripciones utópicas, los más con la esperanza de situaciones más llevaderas, algunos movidos por el noble sentimiento de trabajar por redimir a los indigentes, otros resentidos con cristianismo vacío de obras, y todos o casi todos ignorando teórica y prácticamente las exigencias del cristianismo, concretadas en ejemplos vivientes de carne y hueso o recogidas en la doctrina social de la Iglesia de Jesucristo.

De muchísimos podría decir un nuevo precursor refiriéndose a la doctrina social cristiana, la única que se reconoce y se proclama salvadora del mundo entre el capitalismo y el colectivismo materialistas, lo que San Juan decía a sus contemporáneos hablando de Jesucristo: "En medio de vosotros está y no le conocéis".

Por falta de este conocimiento y de su práctica los hombres vienen a caer en el materialismo dialéctico e histórico, centón de arbitrarias afirmaciones que se quiere revestir de una pseudo ciencia inconsistente a la luz de la razón y de la experiencia y en diametral oposición a las más fundamentales verdades del cristianismo. No existe sino materia. El comunismo admite la verdad, el sustantivo y adjetivo "espíritu y espiritual", por ejemplo, hablando de la cultura, pero entendiéndolos como meramente un estudio más perfecto de la misma materia o materia secundaria. Por lo mismo considera fundamento básico de su doctrina el evolucionismo mecanicista más rígido, con la particularidad de admitir en él saltos bruscos portadores de algo nuevo y aun de provocarlos y pretender envolver en ellos a todo el mundo. Este es el sentido de las revoluciones comunistas, fruto de una mística materialista equivalente a la religión de la materia que se apodera de sus adeptos ante una explicación tan absoluta como simplista de todos los fenómenos del mundo de cualquier clase que sean.

Ante esa marcha arrolladora de la materia, de la que son víctimas al mismo que fautores los mismos comunistas, nada significan la dignidad y libertad humanas, el derecho a la propiedad ni a la vida, la verdad objetiva, Dios, el alma, redención y gracia, salvación y condenación eternas.

Desde el momento que se abriera un resquicio a la mera sospecha de la existencia de Dios distinto de la materia y Creador de ella, el comunismo no se sentiría seguro y de hecho no se siente porque esto supone la posibilidad de socavar todo su sistema; mucho menos podrá admitir la existencia de una organización encargada por el mismo Dios de representar sus derechos ante los

hombres como es la Iglesia Católica. A trueque de existir, el comunismo tiene que hacerle la guerra más despiadada hasta raerla de la faz de la tierra, si pudiere, o al menos reducirla a la más completa impotencia. Buenos testigos de ello son Méjico, España, los países europeos bajo el telón de acero, China y ahora empieza a serlo Cuba.

Por la posición central que la Iglesia guarda en el orden del pensamiento salvaguardando la razón y la doctrina revelada, se nos presenta como la fuerza espiritual más potente contraria a las teorías comunistas, y por su eficacia en el orden práctico para orientar, alentar y crear cuantas instituciones sean de carácter genuinamente social, teme el comunismo ser desplazado de su campo favorito de propaganda. "Si la Asociación de Sindicatos católicos lograra conseguir —escribe Hyde— que la mayoría de los católicos encuadrados en los sindicatos actuaran en la vanguardia de la lucha por los principios cristianos, el desafío del comunismo podría ser recogido y fácilmente derrotado" (p. 122). Antes había escrito: "Dondequiera que la coestión o la participación en los beneficios de la Empresa han sido intentados, el comunismo ha fracasado y ha perdido terreno" (p. 118).

Sabe muy bien el comunismo, según lo que vamos diciendo, por qué debe dirigir sus ataques incesantes e implacables contra el cristianismo y su representante genuina la Iglesia católica. Su conducta debe hacernos comprender asimismo, como dice Hyde, que "el único medio verdaderamente eficaz para detener la expansión del comunismo es la propagación de una fe mejor o más práctica. El comunista lleva a cabo una unidad de teoría y de práctica, si bien ambas son malignas. Nuestra tarea en el Occidente es conseguir también una armonía de teoría y de práctica, pero ambas deben ser tan buenas cuanto aquellas tienen de mala". "Solamente una revolución espiritual e intelectual en el corazón de todos los cristianos puede permitirnos hacer frente a los peligros que nos acechan" (p. 136).

"Se necesitan cristianos que sean fuerza de choque por convicción y por formación; dotados de conocimiento "activos" y que erigidos en excelentes conductores acierten a llevar el cristianismo a la práctica por caminos nuevos. Audaces, desligados de otras preocupaciones y armados con la fe eterna, pero capaces de interpretarla a la luz del siglo XX; trabajadores que están logrando que sus organizaciones sean las iniciadoras de una política basada en las enseñanzas cristianas, sin concesión alguna a las de Carlos Marx" (p. 135).

Y el antiguo comunista no tiene respeto humano en afirmar que "hoy día existe una tremenda necesidad de santos. No precisamente de los que se veneran en los altares, ni los pequeños de escayola que guardamos en nuestras casas. Yo me refiero a santos en los talleres de ingeniería que sean miembros de sus respectivos sindicatos; santos que conduzcan autobuses, que sean delegados de sus juntas locales sindicales. Gente corriente que hagan los trabajos ordinarios, cuyas vidas destaquen como algo tan diferente, tan superior a cuantos los rodean que sean como un clarín de la fe que proclaman" (p. 136).

A la fe cristiana y su práctica debemos añadir la oración, "arma en las manos de todos los cristianos, incluso de los millones que podrían sentirse alejados de la lucha, arma que los comunistas, por ser ateos militantes, no pueden usar y para la que no tienen contrapartida. No tiene que derrotarles físicamente; solamente necesita derrotar su maligno credo. Y aun puede llevarles al cristianismo. Es un arma que hay que utilizar incesantemente".

La invasión pagana ha martillado antaño a las puertas de la cristiandad; pero todos aquellos que valoraban la fe y la manera de vivir que representa se alistaron para su defensa. Esto es lo que hoy día se necesita" (p. 136).